

El París que yo viví

Alfredo Bryce Echenique

Cuando a fines de octubre de 1980, abandoné París rumbo a una pequeña ciudad de sur de Francia, al cabo de casi tres lustros de Ciudad Luz, sentí que había logrado realizar el sueño de muchos, muchísimos parisinos. Y recordé también el estribillo de aquella vieja canción, escuchada unos veinte años atrás en mi Perú natal, allá por la época en que mi sueño dorado era viajar a París, y que no, sencillamente no podía parecerse a la realidad:

*Pobre gente de París
no la pasa muy feliz...*

¿Es cierto esto? La verdad —y perdónenme por emplear un lugar común que no sólo es un lugar común sino una de las frases más comunes que hay, además, la verdad es que muchísima agua ha pasado bajo los puentes del Sena desde aquel lejano día en que empecé a soñar con irme a París y aquel otro, mucho menos lejano, por supuesto, en que empecé a soñar con largarme por fin de París. Y hasta resulta divertido pasearse por la Ciudad Luz de noche y ponerse a pensar que en cada una de esas apagadas ventanas y persianas cerradas, en todos aquellos edificios de femenina arquitectura, casi siempre, ingentes cantidades de parisinos están soñando con lo mismo. Pero si hay algo que inmoviliza al parisino, es la inamovilidad a todo nivel y de todo tipo del pequeño burgués que reina en París, en cantidad y en calidad. Éste es un personaje, digamos, de muy pocas luces, sobre todo por tratarse de una Ciudad Luz, muy poco generoso para todo aquello que no sea su oculta cuenta de ahorro, y francamente avaro cuando se trata de hacer un mínimo esfuerzo siquiera para entender aquello que llamamos la alteridad, o sea lo otro, aquello que es sencillamente distinto a uno.

Imaginó a La Fontaine y La Fontaine, al crear su obra, lo patentó, lo justificó, le dio marca registrada, y de paso lo jodió. Y de paso

lo convirtió también en la eterna pesadilla de todo aquel que en París se salga, aunque sea nomás por un centímetro y por un instante, del lugar común. Con todo lo cual los *alters*, o sea aquellos pobres personajes que representan la diferencia, la altura del mito que hizo grande y famosa a París, reciben palazos de escoba en sus paredes y en sus alegrías, cuando tratan de divertirse, porque la alternativa al lugar común reúne muy a menudo a lo forastero, algo que en realidad nada tiene que ver con la nacionalidad, puesto que a menudo observé que buena parte de las personas que entran a conformar la categoría de lo extranjero, en París, son parisinos de pura sepa o gente de muy diversas ciudades de Francia.

Y sin embargo... De que París es una de las ciudades más hermosas del mundo, a quién podría caberle duda alguna. Ahí están sus bulevares, sus bosques, sus jardines, el río Sena y algunos de sus puentes, los mil rincones que oculta cada barrio, sus inenarrables galerías donde se detienen los siglos, su elegante monumentalidad, sus barrios residenciales, sus inagotables tesoros artísticos. Cualquier turista o cualquier paseandero ciudadano francés, parisino o no, cualquier extranjero sabe mucho más de estos asuntos, por supuesto, que el habitante metrificado –de Metro– de París. Y no me voy a detener más en estos asuntos, por más apasionantes que resulten, puesto que además este turista o lo que sea no tardaría en decirme que me he olvidado de citar además la Torre Eiffel, a la que jamás ha subido parisino alguno, salvo, claro, que le caiga un insoportable visitante foráneo al cual se le ocurra subir, por ejemplo, subir a comer en el restaurante *Jules Verne*, con atracción al vacío y todo. Y bueno, me salto también a la torre a la dichosa torre Eiffel, porque mi muy británico y estereotipado amigo Martin Hancock, que sin exagerar un ápice vivió siempre *by appointment to her Majesty the Queen*, o algo muy similar, se los juro, solía definirla como *an extremely vulgar and perfectly unnecessary erection*.

– ¡Ah, les américains!, diría sin duda el inolvidable *monsieur Hulot*, personaje central de varias películas del para mi inolvidable Jacques Tati, uno de los más injustificadamente olvidados cineastas y humoristas franceses.

Millonarios aparte –o alguno que otro extranjero que prefriere caminar y caminar o alguno que otro francés enamorado de los

embotellamientos o alguno que otro privilegiado personaje que dispone de tiempo libre para patear a diario la bellísima ciudad que es París, a pie, sobre todo, el metrificado es por excelencia el hombre parisino, esencial y existencialmente hablando. Y aunque no todos tomen el Metro. O aunque no todos se pasen de promedio cuatro horas diarias entre trenos y Metros. O también aunque no todos cumplan con el circuito fatídico-obedientísimo *metro-boulot-dodo*, que es como los propios parisinos llaman a tomar el Metro para irse a trabajar y luego tomar el Metro para largarse, por fin, a dormir.

No. No es necesario que todos entren en este circuito infernal, por la sencilla razón de que todos, de una u otra manera, están *dentro* de este circuito maldito. Y esto es lo que yo llamaría procesos de transculturación métrica. Lo hemos visto, y hasta el cansancio, en América latina. Quiero decir que muy a menudo hemos visto procesos de éstos en que un tipo que parece indio y un blanco a punta de haberle ido mal en la vida termina de de indio, cuando menos cultural, proteínica y vitamínicamente. Pues esto mismo es lo que yo quería decir al hablar de metrificación. A punta de vivir entre metrificados, y por más que uno se abstenga de bajar a los túneles del malhumor, el pisotón, las vacaciones que nunca llegan y Dios mío qué mal educados o qué irritables son los franceses (Pues no, señora; se trata sólo de los parisinos, extranjeros incluidos), se transcultura uno de muy mala manera y esto es lo que podríamos llamar «Cultura de la mala pulga».

Ahora bien, hay que imaginar una gigantesca pulga ahorrativa hasta la avaricie y pequeño burguesa en el centro del mundo. Ahí está, en su departamento de precario baño, aunque también los hay de baño bastante completo, y tanto que a veces sólo falta usarlo para que funcione completamente. Ahí está, con la radio encendida, el televisor también encendido y montones de coloridas revistas de enormes titulares y encendidas fotos que le muestran y demuestran, hasta la saciedad, que nunca ha comido mejor, que las revoluciones, los crímenes y los atentados terroristas sólo ocurren en el extranjero, que París es el centro de Francia, Francia el centro del mundo, y que cuando en una u otra hay algo que no va bien es porque hay demasiado mano de obra extranjera, por culpa cien por ciento de los extranjeros, cómo no, faltaría más,

maldita sea. Y así también, uno llega a París y todo el mundo está leyendo en el Metro. Después, uno se queda en París largos años, se vuelve observador, y mamita mía, si vieran ustedes las cosas que se están leyendo en el Metro. Pues son, cuando menos, exactamente del mismo calibre que las que están escuchando allá en los países y ciudades que ni sueñan ni con tener un Metro y, si me apuran un poco, pues también son las mismas cosas que se están leyendo en aquellos lugares del mundo en que casi nadie sabe leer, con o sin Metro. A este nivel, la desilusión es exacta a la que se lleva uno cuando una bellísima *madmoiselle* descubre su blanquísimas y enguantada mano de fina mujer y aparecen de pronto unas uñas que son pues exactamente aquello que solemos llamar uña y mugre, al describir a dos personas que son literalmente inseparables. Tampoco olvidemos que un altísimo porcentaje del perfume consume la humanidad es franchute y que aún más altísimo es el porcentaje de ese porcentaje y que se consume en París de Francia, sí señores. Y una nota a pie de página, aunque aún ande por la mitad de esta página: cuando yo llegué a París me alojé en un pobretón hotel que cobraba una incómoda y sucia suma por usar una ducha y que, *pobre de mí, ay infelice* y recién llegado de territorio comanche que era, fui expulsado de aquel hotel por abusar de la ducha y sin duda alguna ello debido a que ocultaba alguna enfermedad tropical (sic), cuando –les soy muy sincero–: cuando en mi vida me había duchado tan poco y tan poco rato, porque el agua también se cortaban al amazónico aguaruna este del cuarto piso. En fin, a mí, y todavía enjabonado, lo cual era lo peor de todo.

Y, sin embargo, París-gran ilusión. París-hermana mía. París-hermosísima ciudad. París-ciudad en la que aprendimos hasta qué punto somos extranjeros. Yo, peruano, tú, español, él, mexicano. París-ciudad complicada y sin embargo hay esos días en que se te ama tanto, París: en que se te ama tanto porque gracias a ti aprendimos del mundo, de nosotros mismos, de nuestro propio país, de la amistad, de nuestro empuje ante la diaria dificultad, del coraje en la peor adversidad, del orgullo infantil, de las reglas de juego que jamás aceptarías, ya que cuanto más aprendías menos capaz te sentías de quedarte para siempre entre ellas. París-ciudad que te enseñó a escribir, pero porque tú sólo deseabas escribir, por fin

escribir. París-ciudad que te enseñó a perderlo todo más de una vez, pero era porque en el fondo lo único que tú realmente deseabas era escribir. París-ciudad en la que conociste a los primeros escritores españoles, latinoamericanos, franceses e ingleses e italianos y norteamericanos y qué sé yo. Para ello habías abandonado Lima, años de facultad de Derecho, un diploma de abogado que hasta hoy cuelga sobre el wáter de tu casa. No podías, no debías olvidarlo jamás: en tu ciudad natal, en esa Lima de los compromisos, de las ataduras, amarras que debiste romper para librarte de un insostenible peso familiar. Maldita ciudad, entonces, de la que prácticamente te fugaste una madrugada hasta aquel lejano puerto en el que, por fin, un barco carguero te extrajo como una muela ya bastante picada.

Vinieron entonces los años de mujeres amadas y horas larguísimas de trabajo y de amigos que pasaban por aquello que llamas-te casa y te decían sigue adelante, escribe, trata de publicar ese cuento porque vale la pena. París-ciudad en la que descubriste los partidos políticos del progreso y el cambio. París-ciudad en la que aprendiste que mucha de esa gente atravesaba una primavera febril, y sólo porque estaba en París, para luego retornar a éste o aquel país y engrosar alguna burocracia militar o simplemente de derecha y, al mismo tiempo, se diría que hasta perder el pelo y criar panza. París-alto mirador de ilusiones que no soportaban un viaje de regreso a la tierra natal, donde se iba a cambiar el mundo. París-profundo mirador de desencantos pero uno es terco e insiste en encantamientos. París-torre de marfil desde la cual se lloraba la muerte de un tal Che Guevara, con el mismo tipo de llanto con que se lloraba la traición de un amigo, la muerte del tercer pariente que fallece allá en Lima, desde que vivo en París.

El tiempo iba pasando.

Más París-maravilla de nuevos amigos, de nuevos escritores, locura de del cine, del teatro, de la muchacha que apareció un día y te habló de castillos, de un mundo nuevo, pero sobre todo de lo bellísima que era esta piedra, una sola y puta piedra, vista con ella. París, donde de Ernest Hemingway leían todos dramáticamente aquella joya llamada *París era una fiesta*, una *Fiesta portátil*, en inglés. Donde subrayabas lo escrito por el maestro de la juerga y la disciplina: Pues resulta que, según él, para ser realmente feliz en

París había que cumplir casi con tres reglas: escribir duro, ser muy pobre, y estar profundamente enamorado. Y tú, que ya te empezabas a reír ironizando tanta gravedad: tú eras mucho más feliz que Hemingway porque el amor y el trabajo duro sí que lo tenían ambos, pero resulta que el gringo fortachón sólo logró ser pobre en poderosos dólares, mientras que tú eras pobre en moneda nacional, o sea en pobre moneda peruana, o sea lo que se dice un pobre de solemnidad, o sea muchísimo más feliz que Hemingway.

Y con tu muchacha y tu escaso monedero llegó también el año en que nadie nunca jamás amó tanto París y en que incluso desaparecieron porteros y vecinos y como por encanto ibas de aquí para allá entre jardines y bosques, sí, como por encanto ibas y venías, como por encanto o en todo caso encantado. Pero, aún así, aún así, maldita sea, detrás de todo aquello latía el tipo de mierda, el dudoso, el intelectual, auscultándole el corazón a la realidad de las contradicciones, las tuyas, las-de-París-la-ciudad. Fueron eso sí años de llenárseme el arca de París de gentes maravillosas. Se había cumplido lo que tantos desearon. La ciudad más bella del mundo acababa de poblarse, bajo una eterna primavera romana, de educadísimos ciudadanos londinenses. Era esto mismo, sí, o de lo contrario que con tu febril monedero, mágicamente, contradictoriamente, encantadoramente, habías entrado al mundo de los más ricos. Puesto que París es la capital de Francia y Francia, créanme, es un país en el que hay muchísimo más dinero del que imaginarse puedan. Repito, queridos amigos, la frase que en una cena, no mucho antes de abandonar París, le escuché decir a un inteligentísimo consejero de Estado, mi anfitrión sabe Dios cómo y porqué aquella noche.

Pero también en todas partes se cuecen habas y entonces resulta que en París hay también muchísima pobreza y que una cosa está indisolublemente ligada a la otra y que en todo caso en aquellos años había un salario mínimo que andaba por los suelos como andaba también suelto en plaza el fantasma de una gran crisis con la consiguiente pérdida de poder adquisitivo dentro de la ya establecida neurosis consumidora de lo que entonces empezaba a llamarse la sociedad de consumo.

Pero en todos lugares se cuecen aún más habas y no bien desapareció el tiempo de las fábulas –se lo llevó el viento que se lleva

las fábulas y las fabulosas fortunas que vi a mi alrededor desaparecieron con él—, volvieron a castigar a la gente que frecuenté, por pasarse una luz roja, y volvieron a obtenerse las cosas sin favores y con largas colas, en las que había vuelto a aparecer también, cómo no, la mala pulga en el centro del mundo.

La idea del centro del mundo —tan bien explicada y combatida por el escritor cubano Alejo Carpentier en un librito de ensayos titulado *Tientos y diferencias* (Ed. Arca. Montevideo, 1967)—, convierte todo aquello que no es hereditariamente conocido en peligrosamente excéntrico. Fuera de la residencia pequeño burguesa, fuera del mundo incapaz de reconocer la alteridad (Roland Barthes ha hablado con agudeza de este tema en su *Mythologies*: París, 1966), fuera del camino que lleva a la frecuentada placita, donde se halla el frecuentado carnicero al lado del frecuentado panadero, en fin, fuera de nuestro frecuentado mundo frecuente —y valga la redundancia— aún hoy, sí amigos, el mundo se llena de plumas y de flechas mentales.

La verdad, no sé hasta qué punto seamos nosotros mismos, los latinoamericanos, o nuestras clases llamadas dirigentes, cuando en realidad no fueron ni son más que clases dominantes —y que hasta no hace tanto tiempo acaparaban las posibilidades de viajar al extranjero, y en particular a Europa y a París— las culpables de que hasta no hace mucho tiempo la imagen que ha retenido de nosotros sea la que corresponde a nuestros antepasados incas, mayas o aztecas. Pero la cosa no sólo llega hasta ahí, porque además las plumas y flechas de aquellos ilustres antepasados se han envenenado paulatinamente debido a la ignorancia de su real contexto histórico, llegándose así por ignorancia, cuando no de puro y duro eurocentrismo, a lo que sin temor a exagerar llamaré yo a mi vez provincialidad, sí, amigos, nada menos que a una absoluta provincialidad, con su espíritu de campanario y todo.

La Ciudad Luz, París, la preciosa dama, se convierte de pronto en la ciudad incapaz de gustar de un plato extranjero o que se aterra ante lo que no es la frecuentada panadería. Tampoco es capaz de gustar de un viaje al extranjero y entre otras cosas, por ejemplo, porque no encuentra por doquiera va el sacrosanto *steak-frites*, sin duda el plato menos imaginativo entre las miles de

excelencias que se pueden disfrutar en Francia. La ciudad va cerrando sus puertas a la novedad, segura como está de sí misma, y así poco a poco todo para ella llega a ser bárbaro, las demás culturas no existen, y en plena era de las comunicaciones llega tarde a la repartición de posibilidades de entendimiento.

Sobre el fenómeno social conocido como Mayo del 68, sobre aquella hermosa y breve rebelión juvenil que le pegó su buen remezón a las anquilosadas estructuras del poder en toda Francia y en muchas ciudades más del mundo, casi paralelamente, y como si entre lo ocurrido en Tiananmén, en China, en Praga, en la Checoslovaquia de entonces, en México capital, en Berkeley-California, en Berlín y en Milán, como si entre todos aquellos movimientos tan juveniles como efímeros hubiesen existido verdaderos vasos comunicantes, se ha escrito mucho y olvidado más. Y del millón de libros publicados sobre aquel parisino Mayo del 68 y absolutamente olvidados, hoy, de los millones de interpretaciones y demás artículos o declaraciones en la radio o televisión, también hoy muertos y enterrados, creo que sólo unas palabras del sociólogo Alain Touraine resultaron no sólo acertadas sino incluso proféticas: «Mayo del 68 no tiene un mañana pero sí un futuro». Sin querer detenerme a analizar un acontecimiento que poco o nada tiene que ver con el París perdurable del que estoy hablando, hay que reconocer que, si bien aquella vez los cimientos de París y de Francia toda temblaron, la vida cotidiana de la Ciudad Luz volvió a sus muy parisinos cauces, del mismo modo en que llegado el verano los estudiantes se marcharon de vacaciones como de costumbre y que ya en el otoño del mismo año 1968 la célebre primavera de mayo empezó a entrar en el campo de la historia sin haber obtenido los estudiantes más que dos o tres reformas y los obreros alguna mejora salarial.

El tiempo, eso sí, se encargaría de darle vida real a las palabras de sociólogo Jean Daniel, pues no cabe la mejor duda de que, si bien mayo del 68 pareció durante un momento algo enterrado ya para siempre, a él se deben sin duda alguna el florecimiento de mil futuras y muy actuales reformas en materia de derechos civiles y derechos humanos y, como no, en el reconocimiento entre muchas otras cosas de los movimientos feministas y «gay», a favor del medio ambiente y contra todo lo que es su destrucción y tan-

tas otras manifestaciones del progreso que hoy nos parecen ya incluso cosas de siempre.

Pero volviendo al París que yo viví, pues sí, Mayo del 68 la hizo vibrar juvenilmente, la imaginación realmente se desbocó, pero pocos fenómenos en la historia parisina resultaron tan efímeros. El viejo combatiente de las barriadas sí que envejeció rápido. Es más, desapareció para siempre, y mejor es no salir a buscarlo demasiado por temor a encontrarlo enfermo de las más contradictorias infecciones. De la actividad a la pasividad total. Del anticonsumismo a la enferma nostalgia de un consumo mayor. De la politización máxima a la máxima despolitización. Del generoso don juvenil de sí mismo a envilecido suicidio del terrorismo inútil y senil. Del máximo interés por todo al más absoluto desinterés por absolutamente todo.

Otra juventud fue ocupando su lugar rápidamente. Eficaz, rendidora, realista a secas, extrañamente despolitizada o desinteresada por los eslogans de los partidos políticos que en ese momento afilaban armas para la siguiente campaña electoral, y sobre todo cuando se tratada de los hasta ayer sacrosantos partidos comunista y socialista francés. Sin embargo, esa misma juventud aparentemente tan escéptica siempre estuvo dispuesta de todo corazón a lanzarse a las calles por algo muy concreto, por un caso de racismo o de cualquier otra similar intolerancia, por ejemplo. Había que pensar, pues, en el nacimiento de una solidaridad de nuevo cuño, bastante más instintiva pero no por ello menos generosa. Bastante menos comprometida con un partido, un programa político o una ideología, eso sí.

Los años, los libros y los amigos iban en aumento en París. Los primeros, los años, lo empujaban a uno a irse. Los segundos, lo entusiasmaban a insistir. Los terceros te obligaban a quedarte. Y así, entre grandes y pésimos momentos, fue pasando el tiempo en que, según Hemingway, no se podía no ser feliz, muy feliz en París. Habíamos cumplido los requisitos: habíamos viajado, regresado, amado, escrito, habíamos vivido una hermosa e intensa bohemia a pesar de todas las porteras y sus perversas miradas de control, tras horribles cortinas que escondían secretos como que también en París se puede tener el peor gusto del mundo, a pesar de los escobazos en la pared de los vecinos que la metrificación

había llevado a preferir a los animalitos de compañía a la compañía de un buen vecino. En París, y esta lección sí que la había aprendido bien, el miedo sale siempre de adentro. Sale de los túneles del Metro. De la radio. De adentro de las personas. Yo no sé muy bien de dónde sale el miedo en París pero siempre me quedó la impresión de que salía de adentro de las personas y de las cosas.

Y un domingo por la tarde yo sentí por primera vez ese miedo y pensé que había llegado el momento de irse. Y pregunté un poco en torno a mí y encontraron mucho eco mis palabras. Durante muchos años había trabajado como profesor universitario y si algo había aprendido en ese medio tan sui géneris y jerarquizado de la enseñanza superior, es que todo profesor de provincias soñaba con terminar su carrera en París. Y si la carrera estaba en campo de las Letras, de preferencia en La Sorbona. Se llegó incluso a tener dos Sorbonas, en París, a partir de Mayo del 68. ¡Precisamente el año en que todo debía cambiar, empezando por la enseñanza, se terminaba teniendo no una sino dos Sorbonas! Dos instituciones no pudieron resignarse a no llevar ese sacrosanto nombre y se terminó creando salomónicamente La Sorbona y La Nueva Sorbona. Pero diez años más tarde, entre mis antiguos colegas, pocos eran los que no maldecían el día en que dejaron su facultad de provincias, por venir a París, y muchos eran los que vivían a la espera de que les presentara alguna oportunidad de partir, aunque sea a una pequeña y desconocida universidad provinciana. La idea de la culminación brillante de una carrera en París iba cediéndole su lugar a la de una vida personal más reposada, más rentable al nivel intelectual y sobre todo anímico. París ya no irradiaba como antes y la idea de que en ella sólo los millonarios o los turistas gastadores lograban beneficiar de sus muy indiscretos encantos, se había generalizado.

París... La conocí por primera vez en los documentales de mi infancia y adolescencia, allá en el Perú. Pero vistos nuevamente en París, aquellos documentales hablan más de América latina que de Francia. Más nos dicen de aquello que, de Francia, les interesó, a través de los años, a nuestras *intelligentsias* tan poco nacionales, tan fáciles de cautivar con lo más superficial de lo ajeno, hasta el punto de confundir inconscientemente, diríase, colonialismo con información y, lo que es peor, con una formación del espíritu nacional.

París... Apasionado lector juvenil, la descubrí maravillosa en la narrativa enamorada, eficaz y bella de Ernest Hemingway. Y tuvo deslumbradores momentos de todo aquello cuando me tocó ser muy feliz en la Ciudad Luz. Y por ello, a una nivel muy sentimental, muy personal, particularísimo, quisiera poder dejarla así, a la gran altura de «la mentira literaria», no tocada y casi intocable. Pero Hemingway hablaba, por ejemplo, de la Place de la Contrescarpe, en una época en que aquel viejo corazón de una zona muy vieja y aún pobretona del Barrio latino parecía una placita de pueblo. Por ella pasaban cada mañana unas cabras muy puntuales y la gente aún compraba leche de cabra, pues de la otra no había. En ella reinaba una atmósfera de eterna primavera y toda la animación de los cafés que colocaban sus mesas en las veredas. Y de ella, por qué no, se podía partir rumbo al sur de Francia o a una deliciosa aventura española. Por ahí pasaron juntos o uno tras otro decenas de amigos que me vieron irme quedando año tras año, siempre por aquel viejo asunto de los años mozos: escribir. Buenas noches de bohemia y locura nos pasábamos también, cómo no, pero yo nunca vi pasar las cabras de Hemingway con los ojos aún cegatones por el sol de la larga y tierna noche que se volvió mañana.

Y al final ya no se contaba como cantábamos nosotros que cantábamos de todo. Tal vez se dejó de cantar desde el año 70. O desde el 72 y 73. ¿Y cuándo empezó a envejecer lo del 68? ¿Cuándo empezó a haber adolescentes que ignoraban la existencia del Che Guevara? ¿En qué momento se había llenado la placita aquella de una latente violencia eléctrica, de motocicletas que rugían por rugir y de gente que no gustaba de nuestras canciones? No. Mejor que no pasaran ya por ahí las cabritas del abuelo Hemingway. Habrían sido impunemente aplastadas. Además, los amigos se habían esfumado y los domingos Julio Ramón Ribeyro, otro escritor peruano y yo hablábamos del domingo pasado en que hablamos del pasado domingo en que hablamos del pasado. La maravillosa generación de pintores y escritores latinoamericanos que me bautizó en París vivía cada vez más encerrada, sea porque tenían problemas económicos, sea porque habían llegado incluso a los cincuenta años de andar sentados en un café y tenían un muy humano temor de algo que, o no lo lograban o deseaban decir, o en todo caso no sabían bien qué era. Me pasaba la vida tocándoles la puer-

ta de sus casas, de sus departamentos, de sus cuartuchos, pero resulta que cada vez más veces nadie me abría y es que se habían ido ya para siempre de París. En todo caso, ya no se reunían casi nunca. Mis mejores amigos colegas, los Delprat, abandonaron París. Mi entrañable amigo y traductor al francés, Jean-Marie Saint-Lu ya casi nunca venía a París desde su casa de suburbio.

Y así, de pronto, también a mí me tocó un día irme. Me iba por exactamente las mismas razones que me trajeron, muy joven aún, a París. Me iba para escribir. Algo que escapaba mi control hacía que viviera siempre desbordado por cosas que no me causaban placer alguno y sí me quitaban mucha energía. El sur, el mito del sol. La vecindad del mar. Pero esos últimos días que significaban decirle adiós a París, al cabo de quince años, empecé a observar un montón a la gente que me acompañaba y sentí que eran, unos y otros y cada uno de ellos, algo muy semejante a esos grandes obsequios que debería brindarle la vida a uno cuando recién llega a París. París es una vieja puta de mierda que lo confunde a uno por completo, o sea que uno jamás sabrá si hizo bien en tomar el tren de la ausencia o no. Pero bueno, había que irse y me fui además porque seres que jamás pensé que perdieran la risa la habían perdido y porque cada día me estaba volviendo más *áltero*, áltero de *alteridad*, amigos, y porque París es capaz de hacerlo dudar a uno aún en el hipotético último tren que abandonase una hipotética ciudad Luz. Y pruebe usted bajarse, caballero. Bájese y regrese usted. Usted que no se pudo ir ni con el último tren. Pues se topa usted con una portera sin alteridad aun antes de toparse con una puerta en las narices en París. La Ciudad Luz tiene de las dos cosas y, cuando hay algo muy pero muy valioso en territorio bárbaro, como Picasso, por ejemplo, pues le pone su acento en el lugar francés y lo convierte en el genio francés Picassó. De la misma manera en que a Buñuel lo convirtió el francés Bunel, a Carlos Saura en Sorá y al pobre Almodóvar lo ha convertido en el gran cineasta francés Almodováj y sin duda alguna porque desde que Vincent Van Gogh se arrancó la oreja de un tajo, por allá por París, casi casi como que nunca ha pasado absolutamente nada nuevo y que no envejezca bien prontito. Y hasta el punto de que a todo lo nuevo y fresquito que sale al mercado del arte y de la literatura, y aún del arte culinario, se le pone por detrás su fecha de caducidad ©